

DON MELITON.

Capaz soy de oír dos horas de desvergüenzas, sin salir de mi natural mansedumbre.

DON FABIAN.

Esos liberales son gentes tan levantiscas y mal sufridas!

DON MELITON.

Estoy para decir, que son peores que los franceses...

DON FABIAN.

No, amigo; eso no: ¿cómo los franceses? eso no: nada malo es capaz de igualarlos.

DON MELITON.

Tiene usted mil razones; y me ha corregido acertadamente: en acordándome yo de que han quitado los beneficios simples!

DON FABIAN.

Yo olvido todo lo mío, que Dios á nadie le falta... pero lo que han hecho con nuestro buen rey, las atrocidades que cometen en los infelices pueblos...

DON MELITON.

Mi renta no era mucha, porque usted sabe que la capellanía estaba tan mal cuidada... Pero al fin, al fin, para pasarlo un hombre decentemente, si no hubiera sido por esos pícaros...

DON FABIAN.

¡Habiéndolos recibido como amigos, y asolar ellos á la pobre España!

DON MELITON.

Ni un olivo me habrán dejado... dice usted bien: todo asolado, todo; me han dejado por puertas...

DON FABIAN.

Pagar así la hospitalidad y generosidad española!

DON MELITON.

Yo doy á usted mil gracias por las que me dispensa; y cuento siempre con sus favores...

DON FABIAN.

Yo no hablaba de eso, porque no gusto de repetir las cosas: usted sabe que mientras tenga un pedazo de pan, le partiremos como buenos hermanos.

ESCENA VIII.

Dichos y DON LUIS.

DON LUIS.

¿Qué le ha dado á usted, para traerme con tanta prisa? ¿Qué tenemos de bueno?

DON FABIAN.

Nada de bueno; mucho, y muy malo: su hijo de usted...

DON LUIS.

¿Le ha dado algun accidente? ¿dónde está?

DON FABIAN.

Todavía peor.

DON LUIS.

Vaya, despáchese usted... ¿Ha tenido algun lance?

DON FABIAN.

Repeor.

DON LUIS.

¿Me va usted á pegar un tabardillo, don Fabian ó don Diabla? ¿Qué ha sucedido? vamos...

DON FABIAN.

Se lo diré á usted en dos palabras: su hijo de usted es liberal, y no quiero darle á mi hija.

DON LUIS.

Acabára usted de reventar! ¿Y para eso me manda una embajada, me hace venir des-empedrando calles, y dejar una agradable compañía, en el momento crítico de leer las noticias que ha traído el correo de esta mañana? Usted está tocado de la cabeza; no hay remedio... ¡Para una friolera semejante!

DON FABIAN.

¿Con que á usted le parece una friolera?

DON LUIS.

Y grandísima.

DON FABIAN.

¡Friolera el acabarse la boda!

DON LUIS.

Como yo no iba á casarme...

DON FABIAN.

Pues en estos casos...

DON LUIS.

El chasco es para los novios...

DON FABIAN.

Me achicharra usted con esa flema.

DON LUIS.

¿Quiere usted un polvo?... ¿No? ¿Usted, señor don Meliton?...

DON MELITON.

Por no despreciar el favor de usted.

DON FABIAN.

Pues, en verdad, que su hijo de usted ha sentido mucho mi resolucion...

DON LUIS.

La muchacha estará hecha una vinagre... ¡esto de llevar palma! ¡Ya se vé; son tan pesadas las palmas!

DON FABIAN.

Yo he estimado á usted toda mi vida, y le tenia por hombre de mas pulso... pero ya está visto: con esos proyectos de reforma, y

LO QUE PUEDE UN EMPLEO!

los principios liberales, se le ha trastornado el cerebro... Eso, dirá usted, que no son cuarenta mias; pero, como una prueba de nuestra antigua amistad...

DON LUIS.

Gracias.

DON FABIAN.

En lo que yo debo entender, y mando, ya he tomado mi resolución; porque veo venir el nublado... y una hija no es cosa que se deba esponer... que al cabo, al cabo, si se vuelven las tornas, no es un grano de anís esto de tener un sambenito en la familia.

DON LUIS.

Aquí el señor don Meliton pudiera estenderle á usted una especie de profesion de fé, y en presentándose un novio para la muchacha, sondearlo á fondo, á ver si tiene lo mas mínimo de liberal... No, el proyecto es sencillo y fácil... con cuatro preguntitas estaba acabado el negocio: «¿Maldice usted de la libertad de imprenta? — Sí maldigo. ¿No es mejor ser mandado por un bajá de tres colas, que tener Córtes y tanta barahunda?...» Así, por este estilo, una docena de preguntillas al alma... ¿No es verdad, don Meliton?

DON MELITON.

Usted lo dice por burla; pero yo lo creo con todo mi corazon.

ACTO I, ESCENA VIII.

DON LUIS.

¡Ya se vé; con esta malita libertad de imprenta se descubren tantos pastelones!... Porque así como suena, dura un enredo meses y meses, se cruzan las intriguillas, los empeños; y cuando se creia la cosa mas secreta... tras! tira el diablo de la manta; y con cuatro letras carcomidas, seis pliegos de mal papel, y un muchacho pelon que eche tinta en los moldes, se le planta una banderilla al lucero del alba. La cosa, por supuesto, que no es graciosa; y no estraño yo que pongan los gritos en el cielo.

DON FABIAN.

Acá no se venga usted con soflamas; que no nos mamamos el dedo... Esa libertad de imprenta va á perder á España, y ya está causando miles de escándalos...

DON MELITON.

Ya leyó usted el otro dia, cómo ponian de tonto á un Lector en artes...

DON FABIAN.

¡Bribonazos!

DON MELITON.

Esa libertad de imprenta es cosa de hereges; y si no se le cortan los vuelos... pero todo se remediará: si este maldito poniente dejára de soplar, ya que ha concluido usted

sus asuntos, y nos pusiéramos en Cádiz en cuatro dias...

DON LUIS.

¡Buen refuerzo les espera!... Há! há!

DON MELITON.

Usted podrá reirse lo que guste; pero yo no dejaré de gritar contra esa diabólica libertad, mientras tenga el alma en mis carnes: ¡eso no! Primero es la conciencia que todos los respetos del mundo; aunque supiera indisponerme con mil personas, y acusar de Jansenistas á media España... ¡Bonito soy yo!

DON FABIAN.

¡Bravo! bravo! Si no fuera por gentes como usted, ¿dónde íbamos á parar?

DON MELITON.

Hasta que me oigan los sordos...

DON FABIAN.

Duro en ellos; y al que le escueza, que tenga paciencia...

DON MELITON.

Que reviente.

DON LUIS.

Pero, hombre, ¿y la caridad cristiana?...

DON MELITON.

¡Primero la tendria con los franceses!...

Vaya; perdonen ustedes, que no sé lo que me digo: en tocándome á éstos puntos...

DON LUIS.

Pues, serénese usted; y mudemos de conversacion: otro polvo...

DON MELITON.

Gracias.

DON LUIS.

Pues, mudando de registro, empecé á decir á ustedes...

DON FABIAN.

Nada tiene usted que decirnos: la boda se acabó, se acabó...

DON LUIS.

¡Si no voy á hablar nada de boda, ni con mil leguas! Empecé á decir, que cuando llegó la embajada me hallaba oyendo las noticias, que ha traído el correo de Cádiz...

DON FABIAN.

Estaría usted tan contento, rodeado de liberales...

DON LUIS.

Cabalmente.

DON FABIAN (*burlándose*).

¡Y gente gorda, que habria entre ellos!

DON LUIS.

¿Me dejará usted proseguir mi cuento?

Las noticias no caben mejores : se va restableciendo el orden...

DON MELITON.

¿No lo decia yo? Ese desorden de los liberales no podia durar mucho tiempo : ¿han dado fin de ellos?

DON LUIS.

Por el pronto, se ha promulgado la Constitucion, sancionada por las Córtes; ha sido un dia de júbilo, de locura... El pueblo ha empezado á conocer sus verdaderos intereses, y á respetar las leyes que lo van á librar en adelante del látigo de sus opresores.

DON FABIAN.

¡El pueblo... ya va... el pueblo!

DON LUIS.

Sí, señor, el pueblo : ¿le parece á usted que es tan ciego, que no vé la verdad, cuando se la muestran? ¿O lo cree tan estúpido, que no sienta los males que ha sufrido, y que no conozca la causa de su infelicidad? Está usted muy equivocado; los que le enseñaban la linterna mágica, y lo tenían á obscuras para que no viera mas que las figurillas que le presentaban, se han llevado un gran chasco, y pueden aprender otro oficio.

DON FABIAN.

Ya no es menester aprender oficio : (con ironía estúpida) con la nueva Constitucion á nadie le faltará que comer.

DON LUIS.

Crea usted que no habrá tantos infelices.

DON MELITON.

¡Vaya, vaya!... No será menester ya ni sembrar los campos...

DON LUIS.

Por lo menos, habrá menos gorriones que se coman el trigo... Habia en esta España tal plaga de langosta!... ¿He dicho algo, don Meliton?

DON MELITON.

No sé.

DON LUIS.

¡Tanto zángano!!!

DON MELITON.

Yo no me meto á averiguar vidas ajenas...

DON LUIS.

¡Como salta á la vista, que hay pocos que trabajen!...

DON FABIAN.

Sí, con la nueva Constitucion, vamos á vivir en la isla de Jauja... no hay remedio. ¡Vaya! es cosa que me lleva el diablo el oír á usted y á otros mentecatos, que no pare-

ce sino que hasta ahora hemos vivido como brutos... Yo, por lo que me toca, sé decir que cerré mis sesenta años, sin haber oído en mi vida ni la palabra *Constitucion*; y no me ha hecho maldita la falta: he sido un buen padre de familias; he tenido once hijos, y un malparto...

DON LUIS.

¡Hombre!

DON FABIAN.

Y un malparto de mi pobre Blasa me quitó el completar la docena... ¡Ya se acordará usted: fué poquito sonado!

DON LUIS.

No me acuerdo, á fé mia.

DON FABIAN.

¿Con que no se acuerda usted, cuando malparió mi muger por aquel susto tan gracioso? Vea usted, don Meliton, que al ir la pobre á abrir un escaparate viejo, en que guardábamos nuestros cartapacios, vió saltar á una rata, que le estaba royendo la ejecutoria!... ¡Y poquito ruidoso que fué el lance! Hasta el mala lengua del cirujano compuso unas coplillas que cantaban los muchachos por la calle, hasta que un alguacil lo tomó de su cuenta... Decían así... á ver si me acuerdo... así empezaban:

Sin mérito no hay nobleza;

Lo demas es papelon:

¡Pobre nobleza, si pende

De los dientes de un raton!

Y seguian las malditas coplillas por ese estilo, y cada dia cundian mas, que si no se lo digo á mi primo el Familiar, las hubieran plantado de letra de molde.

DON LUIS.

Pues de nada de eso me acuerdo; estaria entónces en Madrid.

DON MELITON.

¡Ay, amigo, y qué tiempos aquellos! Aquello era vivir, y lo demas es chanza! Bonita falta nos hacian las Constituciones! Yo lo pasaba como un duque, sin acordarme de las capellanías.

DON LUIS.

Yo me consentí en ver á usted canónigo... como le veia tan introducido en casa de don Cosme...

DON MELITON.

En un tris estuvo; pero tuve la desgracia de que en los cinco años que le hice la corte, no le cogí un rato de buen humor; y diga usted, que estaba bien informado de mis méritos, porque cada dia le entregaba un papelon impreso; y por otra parte, era un

432 LO QUE PUEDE UN EMPLEO!

buen señor, y me veía hecho un mártir, haciéndole la partida de mediator á la tía que tenía baldada; que era menester una paciencia de un santo. Yo aunque salí de Madrid, nunca he dejado de escribirle, porque soy hombre agradecido, y me daba el corazón que siempre había de hacer figura, y tendría en él un apoyo: y aunque el buen señor, no me ha contestado nunca, porque me trata con confianza y no repara en cumplimientos, le he enviado al salir de Aragon dos cartapacios con seis memoriales cada uno, por si se estravia alguno en el correo; y ya le advertía que iba en compañía de usted, y las muchas prendas que le adornan, para que no le cogiera desprevenido nuestra llegada...

DON FABIAN.

Estimo los buenos oficios de usted.

DON LUIS.

Siempre es bueno hallar hecha la cama.

DON MELITON.

¡Hecha!... ¡Ahí es nada! De esta no escapa mi colocacion; que no siempre ha de andar uno á cargo de los amigos...

DON FABIAN.

Déjese usted de eso... Pero, ¿qué hora será?...

ACTO I, ESCENA IX. 433

DON MELITON.

Segun mi estómago, son las tres de la tarde.

DON LUIS (*sacando su reloj*).

Hora y media va adelantado el reloj estomacal: yo tengo la una y veinte... ¿Será que ayuna usted?...

DON MELITON.

Ayunar, no... lo que es ayunar... pero con tanto quebradero de cabeza, y los pasados estudios, siento siempre una debilidad á estas horas...

DON FABIAN.

Pues vamos á comer lo que haya. ¿Gusta usted acompañarnos? Lo cortes no quita á lo valiente.

DON LUIS.

Gracias por el favor de usted.

(*Don Fabian y don Meliton entran en su cuarto; don Luis va despacio al suyo, y al ir acercándose á él, sale su hijo.*)

ESCENA IX.

DON LUIS Y DON TEODORO.

DON TEODORO.

Padre mio!

(Cogiendo la mano á su padre, y besándosela afectuosamente.)

DON LUIS.

¿Qué es esto, Teodoro? ¿Qué descompuesto el semblante! Serénate...

DON TEODORO.

Esperaba con ansia el momento de hablarle á usted, para desimpresionarle de las malas ideas que le hayan imbuido contra mí...

DON LUIS.

¡Cuidado muy propio de veinte y cinco años! ¿Con que temias que me llevasen á su bando un hombre bondadoso, pero preocupado, y un taimado egoista? No, hijo mío: conozco el mundo mas que tú; te conozco bien, y te amo como mereces.

DON TEODORO.

Ya sabrá usted que don Fabian me niega á Carlota, despues de habernos hecho tantas promesas...

DON LUIS.

¿Y bien?

DON TEODORO.

Carlota, sin embargo, me quiere con la misma constancia...

DON LUIS.

Es muy buena muchacha...

DON TEODORO.

Ya... pero, si su padre se obstina... y no hubiere otro remedio... aunque sea un paso violento...

DON LUIS.

¿Qué quieres decir con eso?

DON TEODORO (con vehemencia).

Que si usted me ama, si aprecia la vida de su hijo, si no quiere hacerme infeliz para siempre... Sí, no se debe perder instante; se pide auxilio á la justicia, la depositan, manifiesta su libre voluntad, nos casamos...

DON LUIS.

Y haces infeliz á un padre... ¿No es eso? ¿Y perdemos un buen amigo, que lo ha sido muchos años de toda la familia; y arraigamos un odio para siempre, cuando habria otros medios suaves de componerlo todo?... ¿Parece que te has quedado un poco suspenso? ¿No era buen plan el que me proponias?

DON TEODORO.

Mi ligereza... el mucho amor que le tengo... desesperanzado de hallar otro partido...

DON LUIS.

¿Y por qué no pones tu suerte en mis manos? ¿Nada fias en la prudencia de un padre, ni en su mucho amor?

DON TEODORO.

¡La quiero tanto! El solo recelo de perderla basta para quitarme el juicio.

DON LUIS.

No la perderás; será tu esposa, y yo tendré en mi vejez una hija mas que me consuele.

DON TEODORO.

¡Ah padre mio! Es tan obstinado don Fabian!... Está tan preocupado por ese hipócrita!...

DON LUIS.

¿Pues hay mas que desengañarle?

DON TEODORO.

Es imposible, imposible: no escucha la razon; el temor de faltar á la religion lo hace sordo á todas las reconvenciones; en vano tratará usted de persuadirle.

DON LUIS.

Hijo, confia siempre en persuadir con la razon á los que tienen un buen fondo de alma, y solo pecan de entendimiento: un engaño basta para volverlos de su estravío tan de buena fé como antes erraron. Solo son incurables hombres, como don Meliton, que defienden las preocupaciones por interes y egoismo. Sin mas patria, mas religion, ni mas moral que su conveniencia pro-

pia, tienen siempre en los labios estos sagrados nombres; y aborrecen las reformas, porque se mantienen de abusos. Al contrario, los seducidos por su ignorancia y sencillez, como nuestro buen amigo, quieren siempre lo mejor, aunque tal vez se equivoquen; y en mostrándoles que sirven de instrumento á los malvados, se pasan al bando de la razon y la justicia. Hijo, ven á comer tranquilo; que todo corre de mi cuenta, y serás dichoso.

DON TEODORO.

Esas palabras de bondad me vuelven la vida.

DON LUIS.

Vamos, hijo mio.

FIN DEL ACTO PRIMERO.